

MSS 385
903/1764
C.1

Lunes 5 de Agosto de 1918

EL MINISTRO DEL INTERIOR
Y LOS NUEVOS ESPECTACULOS.

El gobierno del nuevo régimen tiene cierta debilidad por los espectáculos de sangre.

Apenas se calmó la opinión después del atentado de que fue víctima el jefe de policía de Nuñoa por parte de los carabineros, y su jefe recibió un ascenso en premio de su hazaña, el Ministro del Interior, organizó la famosa cacería de colonos en el Lago Buenos Aires, que tan malos resultados trajo para los cazadores.

Retirados los sobrevivientes al cabo de varios días de combates, el nuevo régimen comenzaba a echar de menos la falta de atentados contra las personas y la propiedad particular, cuando el Viernes se produjo el asalto político-policial al Club Domingo Fernández.

Uno de los agresores, sorprendido en los momentos en que sacaba su revólver para emprender la cacería de socios, a falta de colonos nacionales, declaró que era agente de la Sección de Seguridad, y obraba, así, mandado por el ayudante de la Sección, don Luis Sepúlveda, que de seguro no tendrá la franqueza para decir, quién le dió, a su vez, la orden de penetrar, sin allanamiento judicial, al hogar privado con el plausible objeto de impedir a los circunstantes que repelieran la agresión con un modesto grifo de agua.

En vista de este resultado, los demás agentes y saltantes, prefirieron dedicarse a romper vidrios, y emprender, en seguida, una retirada estratégica que les impidiera caer vivos, como algunos de los carabineros de Lago Buenos Aires, en manos de sus adversarios.

Como no había ningún número de asalto para el Sábado, el público empezaba a preguntarse si el señor Alessandri estaría mal de salud, o si la Sección de Seguridad y los carabineros, demasiados fatigados con el trabajo anterior, pensarían tomar algunas horas de descanso.

Las dudas estaban justificadas sólo a medias, pues a las diez de la noche, don Juan de Dios Morandé comunicó a la prensa que quince carabineros al mando del capitán Montt habían aparecido sin razón justificada, en la comuna de Yungay, donde los pacíficos vecinos de un momento a otro que empiece la cacería o, por lo menos, el asalto.

Es, ciertamente una curiosa anomalía que el señor Alessandri que niega la fuerza pública a los tribunales de justicia cuando éstos lo solicitan para instruir un sumario sobre un secuestro o asalto, la proporcione, generosamente, cada vez que se trata de provocar un atentado.

Es que el Ministro de lo Interior ama el combate, sobre todo cuando es por mano ajena. La dirección personal de las operaciones, es molesta y peligrosa.

De ahí que la experiencia haya aconsejado al Ministro, no presentarse en las líneas de batalla y dirigir la ofensiva desde el estado mayor aun a trueque, de que el éxito no sea tan brillante, y algunos caigan prisioneros como en el Lago Buenos Aires o en el Club Domingo Fernández.

El señor Alessandri reserva su coraje para emplearlo en la oratoria o en la provocación a desafío del señor Barros Errázuriz u otros miembros de las Cámaras, que ofrezcan absoluta garan-

tía de que no habrán de batirse, o cometer la indiscreción de provocarlo de antemano y hacerlo responsable ante el público de sus futuros planes extratéticos.

Con estos procedimientos del señor Alessandri, disminuye algo la planta de carabineros, caen algunos agentes de la Sección de Seguridad en manos del adversario, se pierde un tanto el miedo al cielo y queda un poco en ridículo el gobierno; pero, en cambio, la seguridad del Ministro no sufre menoscabo, y se proporciona al público un programa variado de ataques a la propiedad, violación del domicilio, y matanza de individuos, que viene "de perilla" en estos tiempos en que el doctor Monckeber se dedica a alarmar al público con estadísticas de mortalidad y disminución de la raza.

La gente deja, así, de preocuparse y llamar espectáculos sangrientos a las riñas de gallos, los matchs de box y las corridas de toros, que la sensiblería enfermiza de la autoridad pretende limitar o prohibir, para fijar ahora su atención en estos nuevos espectáculos con carabineros, policía, pedradas, revólvers y ametralladoras.

Podrá culparse al nuevo régimen de esterilidad gubernativa; pero, en modo alguno de proporcionar al público, espectáculos sensacionales y cacerías estupendas que envidiaría Pancho Villa.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile

P.